

DIONISIO RIDRUEJO O LA VIDA EN AMISTAD

SI Dionisio Ridruejo hubiese vivido en el tiempo del sentencioso Séneca, es seguro que, paralelamente a los tratados *Ad Marciam de consolatione* o *Ad Serenum de tranquillitate animi*, habríamos tenido otro con el epígrafe *Ad Dionysium de amicitia*. No conozco, en efecto, persona que en tan excelente modo personalice ese necesario e impagable consuelo del hombre que llamamos amistad. Por eso justamente puedo escribir estas líneas en su recuerdo, celebrando en él, no a “mi amigo”, sino, más ancha y generosamente, “al amigo”.

Decir de una persona “mi amigo” es menos fácil de lo que trivialmente se cree, pero puede uno hacerlo en muchos casos sin grave riesgo de error y con mutua honra. Llamar a alguien “el amigo” —“el amigo Pérez”, “el amigo Juan”— tiene en el idioma habitual, sin embargo, un dejo de bonachona o levemente agresiva descalificación. La amistad de “el amigo Pérez” es un bien mostrenco e intercambiable, carente de matices personalmente cualitativos, exento de las específicas intimidades que califican la amistad verdadera e intransferible del “amigo íntimo”, y así no es difícil topar por ahí, entre las almas de Dios que uno conoce, tipos catalogables bajo el rótulo tópico de “el amigo Pérez” o “el amigo González”. Lo difícil es encontrar un hombre al que pueda llamarse a la vez, con rigurosa justicia, “mi amigo” y “el amigo”; capaz de unir simultáneamente en su relación amistosa la dilatada abertura del corazón y la matizada delicadeza de múltiples, privativas y particulares intimidades. A esta rara especie de “hombre de muchos amigos”, que sabe por don nativo hacer buena y distinta cada una de sus amistades, pertenece Dionisio Ridruejo, poeta, falangista y amigo.

Conocí a Dionisio Ridruejo por camino muy distante del que habitualmente recorre el conocimiento amistoso. Su nombre llegó a mí por la ancha e impersonal vía de la fama, durante los meses iniciales de nuestra guerra. Había ocurrido entonces un fenómeno histórico que se repite en todos los movimientos revolucionarios: la súbita ascensión a la notoriedad de muchos nombres hasta aquel punto oscuros o escasamente pronunciados. Las gentes suelen hablar de la buena estrella de

los distinguidos. Dejando a un lado lo que haya de inescrutable providencialidad en el destino de cada hombre —lo que haya de “estrella”, buena o mala— y no tocando el problema de si la ascensión política es siempre signo de “buena estrella”, esas gentes, movidas casi siempre por la impalpable dosis de resentimiento que el diablo da al hombre cada día, olvidan que todo cambio brusco en el clima histórico califica y ensalza a los mejor dotados por naturaleza o educación para la coyuntura crítica misma o para la nueva normalidad que a la crisis subsigue. Olvidan también el maravilloso espolazo que da en ocasiones la Historia a las posibilidades de los hombres; esa sorprendente potenciación de la naturaleza humana por obra de la fe entusiasmada, en cuya virtud salen místicos o teólogos de la rudeza campesina y nacen conquistadores de continentes entre los hidalgüelos ociosos. Si la arcilla humana de los españoles es la misma en 1480 y en 1520, apenas es comparable el nivel y la calidad de su expresión histórica.

De Dionisio triunfaron el corazón, la palabra y la inventiva. En una guerra civil necesaria, por fuerza había de adquirir relieve un corazón capaz de albergar sin detrimento a la generosidad, la ira y la clara justicia. Entre tantas mentes oscurecidas y alicortadas por dos siglos de continuada renuncia y parda mediocridad, la bronca palabra de aquel casi niño despertaba de su hondísimo sueño luces teñidas de una antigua, conmovida y virginal esperanza. En los umbrales de un camino político que se creía nuevo de raíz y se emprendía con tan parvo hatillo de previsiones, la inventiva de Dionisio, despierta y caudal como el río que nombra a su stirpe, ganó pronto la eminencia y el lustre del consejo. Todo esto acontecía en tierra de Segovia y Valladolid, que entonces abría otra vez sus entrañas a la Historia, y volaba a las otras tierras de España sobre los lomos aéreos de la fama o pulcramente estampado en las páginas de *La Falange*, aquel cuidado periodiquito de las prensas segovianas, o en las anchas de *Libertad*.

Este fué el primer Dionisio Ridruejo que conocí. Con su presencia física topé por azar, si no me falla la memoria, en el comedor pequeño del Hotel María Isabel, en Burgos. Tenía entonces Dionisio una cordial, alegre y abierta petulancia, como de un adolescente soñador encumbrado a capitán. Tal vez llevaba sus cordones rojinegros de jefe provincial. Es seguro que usaba, en todo caso, aquellas botas de montar, nunca por entero lustrosas, que habían de dar figura a su paso durante toda

la guerra. Hablaba entre tímido y seguro: tímido por la edad, seguro por la clara evidencia de su mensaje.

Poco tiempo después, en los comienzos del otoño de 1937, tuve con el falangista Dionisio Ridruejo mi primer contacto directo y personal como camarada. Fué en un largo y reiterado paseo a lo largo de las bardas que circundan la que fué residencia del Caudillo en Burgos. El sol de este otoño nuestro —el sol más humano, clemente y verdadero del mundo— hacía oro viejo el oro reciente que comenzaba a vestir los árboles de La Isla. Hablamos y hablamos de España y su destino, de nuestra impaciencia, del inmediato porvenir.

Mi relación propiamente amistosa con Dionisio empezó en Segovia, con ocasión del Segundo Consejo Nacional de la Sección Femenina. Sospecho que fué la inventiva de Dionisio la que sugirió a Pilar el pensamiento de invitarme a hablar a nuestras camaradas: mi primera aventura oral en la Falange. Es seguro, en cambio, que a una incitación directa y urgente de Dionisio se debió la segunda, también entonces y en Segovia, frente a una considerable masa de campesinos congregada ante el Alcázar. Hablamos Julio Muñoz Aguilar, Dionisio y yo, sucesivamente instalados tras un saliente de la barbacana y a no pocos metros de nuestro público. Mientras viva conservaré la impresión de extrañeza que mi propia voz, necesariamente forzada a tonos estentóreos, produjo en mis oídos, sólo avezados a escucharla en el manso nivel de la charla familiar o de la lección profesoral. Siempre he tenido por cierto que Dios no me ha hecho para conductor de multitudes; mas desde entonces lo tengo por demostrado, y a la buena amistad de Dionisio debo esta negativa revelación de mi destino.

Después vino nuestra atadura funcional en la primera Dirección General de Propaganda que ha conocido la Administración pública española; y, en medio de tantos apremios por cumplir, con más fe y ahinco que medios, la función que el recién nacido Estado nos había encomendado —ahí están los primeros libros políticos y poéticos del Estado español; los primeros "films", pasados en aquella familiar solemnidad del Cine Avenida; los primeros actos públicos de gran estilo: la concentración de Valladolid, por ejemplo; la improvisada maravilla de los autos sacramentales, y tantas otras cosas—, nuestra diaria y entrañada conversación en el despacho mayestático de Dionisio, entre los Goyas incautados a Sota y el mal gusto de aquellos elefantes de sobremesa, o en Villa Amparo, con Pilar y su equipo burgalés, o en el camino

de la Cartuja o de Fuentes Blancas... Luego, Barcelona... ¡Qué ilusión y qué esperanza —bellísimas, inquietas, irrepetibles— las de aquellos primeros días de Barcelona recién conquistada! Recordaré siempre la voz grave de Dionisio en los tremendos altavoces de la plaza de Cataluña; una voz solemne y amorosa, centuplicada y maltratada por la técnica, que hablaba castellanamente a los catalanes de la Cataluña sentimental, profunda y poética por José Antonio descubierta a la Falange. Era hora de completas, y en medio de un aguacero diluvial corríamos Antonio Tovar y yo, solos en la gran plaza, hacia la Radio de la Rambla de Canaletas. Después, Madrid, la fundación de ESCORIAL, la marcha de la División Azul, las cartas desde Rusia...

Hablar y hablar. Hablando nos hemos entendido Dionisio y yo, y hemos cimentado, sobre la tierra firme de la más pura camaradería falangista, nuestra íntima e irrevocable amistad. Hablando nos hemos defendido mutuamente nuestra esperanza de todo desánimo y de toda mezquindad. Hablando he descubierto uno de los más nobles corazones que ha engendrado Castilla. A este camarada, a este amigo en el corazón, en el pensamiento y en el habla es al que recuerdo aquí, en la estremecida esperanza de su retorno.

PEDRO LAIN ENTRALGO